

LA SANTISIMA TRINIDAD

Elevándonos al orden sobrenatural, Dios quiso revelarse a Sí mismo y manifestar también el misterio de su Voluntad ¹, en el que se incluye el fin, el contenido y los medios de la vida divina en nosotros. Habló el Señor y nosotros recibimos el don inestimable de la fe, verdadera participación sobrenatural en la ciencia divina, que jamás hubiésemos podido alcanzar por nuestras propias fuerzas; es más, *de ningún modo hubiese podido el hombre aspirar a este conocimiento* ².

Dios, que en otro tiempo habló a nuestros padres en diferentes ocasiones y de muchas maneras por los profetas, nos ha hablado últimamente, en estos días, por medio de su Hijo Jesucristo ³. Con Jesucristo nos vino la plenitud de la fe, y la revelación del misterio más alto, fuente y origen de los demás: el misterio de la Santísima Trinidad, la unidad de Dios en tres Personas distintas, el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo.

Sustancia del Nuevo Testamento

Durante la Antigua Alianza, no se reveló explícitamente este misterio. En los libros inspirados por Dios antes de la venida de Cristo, no hay más que veladas alusiones, que sólo pueden entenderse a la luz del

(1) Cfr. Concilio Vaticano II, const. dogm. *Dei Verbum*, n. 2.

(2) *Catecismo Romano*, Intr. 1.

(3) *Hebr.* 1, 1-2.

Nuevo Testamento. De tal modo está el misterio de la Santísima Trinidad en el centro del tiempo de gracia que Cristo abrió, que se le ha llamado *la sustancia del Nuevo Testamento* ⁴.

Con el anuncio de la Encarnación del Verbo, el Arcángel San Gabriel manifestó que todo cuanto iba a seguir estaba ya marcado por el signo de la Trinidad; y habló a la Virgen del Padre, y del Verbo, que encarnándose sería llamado Hijo de Dios, y del Espíritu Santo, que habría de cubrir con su sombra a la Madre de Jesús ⁵.

Por segunda vez, y quizá de un modo más preciso, quedó confirmada esa revelación el día del bautismo del Señor en el Jordán, al comienzo de su vida pública: *bautizado, pues, Jesús, al instante que salió del agua, se le abrieron los cielos, y vio bajar al Espíritu de Dios a manera de paloma, y posar sobre El. Y oyóse una voz del cielo que decía: Este es mi querido Hijo, en quien tengo puesta toda mi complacencia* ⁶.

En las promesas de la Última Cena, y en la fórmula del bautismo que Cristo entregó a los Apóstoles, y a todo lo largo del Nuevo Testamento, quedó también claramente revelado el misterio de la Santísima Trinidad ⁷.

Lo que Dios revelaba en confidencia amorosa, maravilló desde el primer momento a los cristianos, y llenó sus corazones de gozo sobrenatural. Era como meterse en la intimidad de Dios y conocer la eterna fecundidad interior de la vida divina: como un anticipo del Cielo. Toda la liturgia se fue llenando de este misterio, ordenándose a una alabanza y adoración continua de la Santísima Trinidad. Los cristianos saboreaban con alegría ese conocimiento sobrenatural, divino, de Dios: *la Iglesia lo entiende, la sinagoga no lo cree, la filosofía no lo sabe* ⁸, exclamaba lleno de santo orgullo San Hilario.

En el centro, en la médula de los Símbolos y reglas de fe, y en las decisiones de los Concilios, se afirmaba con amor el dogma de la Trinidad, el primero de todos los dogmas. Y hoy —como a lo largo de toda su historia— la Iglesia no administra ningún sacramento sin invocar al

(4) Tertuliano, *Adversus Praxeam* 31.

(5) Cfr. *Luc.* I, 32-35.

(6) *Matth.* III, 16-17.

(7) Cfr. *Ioann.* XIV, 16-17; *Matth.* XXVIII, 19; *Act.* II, 23; *II Cor* XIII, 13; *Ephes.* V, 18-20; *Hebr.* IX, 14; *I Petr.* I, 2.

(8) San Hilario, *De Trinitate* 8.

Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. La palabra *doxología* sólo se usa litúrgicamente en el sentido de alabanza de la Trinidad, y toda la Cristiandad se santigua en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y el primer domingo después de Pentecostés, cuando ya ha celebrado las maravillas divinas de la creación, de la encarnación, de la redención y de la santificación, la Iglesia dedica una festividad especialmente solemne para honrar el misterio de la Santísima Trinidad.

Fruto y fin de nuestra vida

Toda la vida sobrenatural se orienta a ese conocimiento de la Trinidad, a la contemplación íntima de Dios. *El conocimiento de la Trinidad en la unidad es el fruto y el fin de toda nuestra vida* ⁹. Hemos sido creados, y elevados al orden sobrenatural, y redimidos, precisamente para eso. *Se nos promete esta contemplación, fin de todas las acciones y eterna perfección de los gozos (...). Pues éste es nuestro gozo cumplido, y no hay otro mayor: gozar de la Trinidad de Dios, a cuya imagen hemos sido hechos* ¹⁰.

La contemplación de la Trinidad es el fin y la sustancia de nuestra vida en Cristo: la meditación y el amor de este misterio, aquí en la tierra, mientras vamos de camino, es un anticipo del Cielo y es la mejor de nuestras ocupaciones, puesto que más que usar un medio es ya alcanzar algo del mismo fin.

El asentimiento certísimo de la fe —por la que el entendimiento se adhiere firme y constantemente a Dios, que nos descubre sus misterios— cumple en el alma la promesa paternal, asombrosa, del Señor: *a vosotros se os ha dado conocer los misterios del Reino de los cielos* ¹¹. Es dulce meditar, humilde y amorosamente, este misterio que, siendo inaccesible a la sola razón humana, se hace con la fe luminoso para la piedad viva. Por eso nuestro Fundador nos animaba a meditarlo frecuente-

(9) Santo Tomás, *In IV Sent.*, I, dist. 2, q. 1, exo.

(10) San Agustín, *De Trinitate* VIII, 17, 18.

(11) *Matth.* XIII, 11.

mente y a poner el corazón, lleno de ternura, en este Dios nuestro que es Trinidad de Personas en unidad de Esencia. *No podemos comprenderlo bien, hijos, nos decía; si lo entendiéramos, tendríamos la inteligencia de Dios. Yo puedo daros mi experiencia: cuando vislumbro un poco de luz, me pongo feliz; y cuando veo mucha oscuridad, también me siento feliz; ¡qué grande eres, Señor, que no te puedo entender! ¡qué hermosura!* ¹².

Lo que conocemos del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ofrece a nuestra meditación alimento siempre nuevo. A medida que contemplamos más y más esta verdad sublime, la primera de todas, nuestra vida entera se va modelando según el ejemplar supremo de la vida divina, comenzando por nuestro entendimiento que, de la mano de Dios —por las virtudes sobrenaturales y por los dones del Espíritu Santo—, traspasa sus propios límites. Pero a eso se llega cuando la doctrina y la piedad van de la mano, ayudándose mutuamente; cuando el conocimiento es guiado por el amor, cuando la meditación es sustentada por la vida interior, cuando el alma cambia la curiosidad intelectual en oración, y cuando la piedad tiene el sólido fundamento de la doctrina.

Unidad de esencia y trinidad de personas

Hay tres Personas en un solo Dios: la del Padre, que por nadie es engendrado; la del Hijo, que antes de todos los siglos, o sea ab aeterno, es engendrado por el Padre; y la del Espíritu Santo, que igualmente procede ab aeterno del Padre y del Hijo. El Padre es la primera Persona en una sola sustancia de divinidad, que con su Hijo unigénito y con el Espíritu Santo es un solo Dios, un solo Señor: no en la singularidad de una sola persona, sino en la Trinidad de una sola sustancia. Ahora bien, estas tres Personas, no pudiendo pensarse nada desigual o diferente en Ellas, se consideran distintas en sus propiedades: porque el Padre es ingénito, el Hijo es engendrado por el Padre, y el Espíritu

(12) De nuestro Padre, Tertulia, 15-IX-1971, en Crónica, 1971, p. 929.

Santo procede del uno y del otro. Y así confesamos de tal modo la misma esencia y la misma sustancia de las tres Personas (o que la esencia y sustancia de las tres Personas es una misma) que, al confesar un solo Dios verdadero y eterno, creemos se debe adorar piadosa y santamente: en las Personas, la propiedad; en la esencia, la unidad; y en la Trinidad, la igualdad ¹³.

Un solo Dios en tres Personas distintas: ésta es nuestra profesión de fe, la que los Apóstoles recogieron de labios del divino Maestro y transmitieron, la que creyeron desde el primer momento todos los cristianos, la que el Magisterio de la Iglesia ha enseñado siempre.

Si Dios mismo no nos lo hubiera dicho, jamás hubiésemos llegado a saberlo. La fe es la luz que nos lleva a conocer esa intimidad de Dios, aunque no lo haga de un modo demostrativo, mediante raciocinio. Pero luego —con esa luz— la razón puede precisar más. Esa es, bajo la guía del Magisterio de la Iglesia, la labor de la teología, el piadoso trabajo de nuestra formación científico-religiosa. Más allá aún está el conocimiento íntimo, en cierto modo experimental, que Dios comunica al alma de oración. *Estando una vez rezando el "Quicumque vult" —escribe Santa Teresa—, se me dio a entender la manera cómo era uno solo Dios y tres Personas tan claro, que yo me espanté y consolé mucho. Hízome grandísimo provecho para conocer más la grandeza de Dios y sus maravillas, y para cuando pienso o se trata de la Santísima Trinidad, parece entiendo cómo puede ser, y esme mucho contento* ¹⁴.

El trabajo de la razón

Pero la misma oración supone de ordinario la doctrina, el trabajo de nuestra razón sobre las fórmulas con que la Iglesia nos propone lo que hemos de creer, porque esas fórmulas están al alcance de todas las inteligencias, aunque para todos también requieran atenta meditación.

(13) *Catecismo Romano*, p. I, c. II, n. 10.

(14) Santa Teresa de Jesús, *Vida*, c. 39, n. 25.

Cualquiera comprende por qué puede aplicarse a Dios el nombre de persona. Con este nombre se designa a la criatura espiritual, dotada de inteligencia y de libre voluntad. Y entendemos que esto es una perfección que debe convenir también a Dios, que es la Perfección suma. Como la Escritura afirma la existencia en Dios de tres Personas distintas, de tres sujetos de atribución, se entiende el sentido de la fórmula *tres Personas* divinas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Incluso se llegará a entender, con el discurso de la razón, que el nombre de Padre y el de Hijo expresan relaciones opuestas: el Padre es Padre por su relación con el Hijo, y a esta relación corresponde la del Hijo, que es Hijo por relación al Padre. Se comprende también que si hubiera tres naturalezas divinas, habría tres dioses; por consiguiente, la naturaleza divina ha de ser numéricamente una. El Padre no puede tener cosa propia e incommunicable —algo que no tengan las otras dos Personas— excepto su paternidad, que por lo tanto es lo que le constituye como Persona distinta; y así sucede con el Hijo y con el Espíritu Santo, de modo que toda la personalidad del Padre consiste en la paternidad, la de Hijo en la filiación, la del Espíritu Santo en la espiración.

Se comprende igualmente que el bien tiende a difundirse; y que cuanto más noble es, más da de sí mismo. Así, el ser vivo engendra otro ser vivo de su misma especie; el sabio comunica perfectamente la sabiduría que constituye su vida intelectual, haciendo que otros sean tan sabios como él y con su misma sabiduría... Así —en la cumbre de esa escala de analogía— el Padre, por la generación eterna del Hijo, le comunica la plenitud de la naturaleza divina; y el Padre y el Hijo la comunican al Espíritu Santo.

Por otra parte, cuanto más elevadas son las cosas, menos se pierde lo que se da, y por eso la comunión que resulta es mayor, y más indivisible la unión que se establece al participar varios de lo mismo. De este modo, el que da dinero, lo pierde en la medida en que lo da; mientras que el que enseña no pierde ciencia, y se establece una unión intelectual entre profesor y alumnos. Y así, en la cumbre de esa escala de progresiva unión, en la Trinidad Beatísima el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios.

Piedad doctrinal

El misterio de la Santísima Trinidad es alimento sólido de una piedad doctrinal. El Cristianismo no es sólo un modo de vivir, sino también una doctrina, y la doctrina sagrada es precisamente la regla de la vida exterior e interior. Una gran santa y doctora de la Iglesia, Santa Teresa de Jesús, escribía: *espíritu que no vaya comenzado en verdad, yo más le querría sin oración; y es gran cosa letras, porque éstas nos enseñan a los que poco sabemos y nos dan luz, y llegados a verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos. De devociones a bobas nos libre Dios* ¹⁵.

La formación doctrinal, teológica, se hace además necesaria para el apostolado. Como enseña San Pablo, hay que *retener firmemente la palabra de fe que es conforme a la doctrina, a fin de ser capaz de instruir en la sana doctrina, y refutar a los que la contradijeren* ¹⁶. Cuando hay que enseñar a otros, se necesita entender lo mejor posible aquello que se ha de explicar; hay que saber siempre más de lo que se enseña, si se quiere enseñar rectamente, y si se quiere poner lo que se sabe al alcance del que oye. No hay buen apostolado cuando no hay doctrina segura. Y el centro, la cumbre del edificio doctrinal de la Iglesia, es la teología trinitaria, aunque desgraciadamente muchos cristianos ni siquiera reparen en este dogma que es el centro de la vida cristiana, y vivan y piensen como si no nos hubiese sido revelado.

Nosotros, apóstoles con misión divina, hemos de ser, también por vocación de Dios, contemplativos; nuestra acción ha de adquirir su fuerza en la oración viva. Y en primer término jerárquico de toda la contemplación, ha de estar este misterio sublime de la Santísima Trinidad, que es el fin y la sustancia de nuestra vida sobrenatural. *Si damos a Dios todo, con entrega de holocausto —nuestro nombre, nuestra vida, nuestro amor—, es justo y es necesario que intentemos conocer lo mejor posible a*

(15) Santa Teresa de Jesús, *Vida*, c. 13, n. 9.

(16) *Tit.* I, 9.

Dios, que es el objeto de ese amor nuestro ¹⁷, decía nuestro Padre. Y siempre nos recomendaba tener *fe de niños y doctrina de teólogos* ¹⁸.

El misterio de la Santísima Trinidad es como un inicio de vida eterna. Ilumina desde arriba los demás misterios revelados, y nos muestra todo su contenido. Es una necesidad para nuestras almas en camino: es ejemplar supremo de la vida sobrenatural —que es participar de la vida íntima de Dios—; es la regla y la medida de nuestra filiación divina adoptiva —fundamento de nuestra espiritualidad—; es el modelo de la entrega perfecta, del don de sí, de la unidad de los cristianos, puesto que —así lo pedía Jesús al Padre— hemos de ser todos una sola cosa, como lo son en Dios las tres Personas divinas ¹⁹.

Por otra parte, el amor exige el conocimiento: *a vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho saber cuantas cosas oí de mi Padre* ²⁰. Y el amigo se goza con lo que es la vida y la felicidad del Amigo divino.

La consideración de este misterio es, finalmente, indispensable para pensar y escribir con piedad sobre las cosas divinas: para que no se escriban libros de doctrina sin piedad y libros de piedad sin doctrina; y también para elevar nuestra vida en la tierra a su verdadera altura sobrenatural: porque los medios humanos que usamos, aun siendo necesarios, son ínfimos; lo fundamental es la unión con Dios.

Para ahondar en la fe

A la luz de la fe, bajo la guía del Magisterio de la Iglesia, y con el pertrecho de una sólida y sincera piedad, la razón humana es capaz de alcanzar un conocimiento cada vez más profundo y fructuoso de esta verdad inefable, aunque *por mucho que profundicemos, no podremos entender este gran misterio. A veces* —comentaba nuestro Padre—, *se alcanza a ver una luz, y después vienen muchas sombras. Esto, hijos, me da*

(17) De nuestro Padre.

(18) De nuestro Padre, n. 39.

(19) Cfr. *Ioann.* XVII, 21.

(20) *Ioann.* XV, 15.

mucha alegría, porque si pudiera comprender el misterio de la Santísima Trinidad con mis propias fuerzas, ¡qué poca cosa sería Dios! Por eso estoy muy contento de esperar el instante de la visión beatífica, cuando esta fe y este Amor y esta esperanza, que el Señor me ha dado, produzcan su fruto en plenitud ²¹.

La poca humildad lleva frecuentemente a insistir de un modo desmedido en las sombras de la fe, sin reparar en las luminosas claridades que aquellas sombras destacan. La fe es algo muy positivo: no se reduce a ser una prueba, una exigencia de sumisión. Además, una parte de lo que suelen llamar sombras de la fe son simplemente sombras de la ignorancia humana, y esa parte debemos hacer lo posible por evitarla. La otra parte de sombras nos la quitará Dios en el Cielo: la fe funda también la esperanza, además del amor.

Basados en expresiones de la Sagrada Escritura, algunos Padres y Doctores de la Iglesia concibieron una analogía que ayuda a entender —probablemente lo más que puede entenderse aquí en la tierra, pero siempre de modo analógico, es decir, semejante y desemejante al mismo tiempo— el misterio de la Santísima Trinidad: la analogía con las operaciones del alma humana.

Nuestra alma, por ser espiritual, y también los Angeles, tiene dos operaciones vitales: conocer y amar. Siendo Dios el Ser espiritual perfectísimo, tendrá también estas dos operaciones, y en grado igualmente perfectísimo, esencial. Por el acto de conocimiento que es su misma esencia, Dios conoce, se conoce a Sí mismo; y en este conocimiento el Padre engendra *ab aeterno* un concepto, expresa el Verbo, la idea, el *logos*, la palabra interior. Es la procesión del Verbo concebido, del Hijo engendrado por el Padre ingénito; y por eso el Verbo es llamado Espejo sin mancha, Imagen del Dios invisible, Esplendor de su gloria, Figura de su sustancia. Y este Verbo puede llamarse realmente Hijo, porque ha sido concebido por el Padre en igualdad de naturaleza, porque sólo siendo verdadero Dios, puede expresar adecuadamente —perfectamente— el conocimiento que Dios tiene de Sí mismo.

Al conocimiento sigue el amor. Cuando conocemos algo, si este al-

(21) De nuestro Padre, Tertulia, 6-1-1972, en *Crónica*, 1972, p. 141.

go es bueno, despierta en nosotros un amor proporcionado a su bondad y a la nuestra. Este amor que procede de nuestra voluntad es un impulso hacia el ser amado, una fuerza, un aliento vital que nos lleva a él, que nos une, que nos vincula, nos encadena. Así, consiguientemente a aquel acto infinito y eterno de conocimiento por el que se engendra el Hijo como Verbo, el Padre y el Hijo aman la divinidad infinitamente perfecta, y de ese acto de amor, como de un solo principio, procede *ab aeterno* ese aliento divino, impulso de amor o amor espirado, que es el Espíritu Santo, Tercera Persona de la Santísima Trinidad, vinculación de Dios con Dios —después de haber vinculado al Padre y al Hijo en la común espiración—, que cierra, por así decirlo, el ciclo de las operaciones intratrinitarias, en una unidad perfecta, infinitamente activa y completa, fecunda y gozosa.

* * * * *

Esta sólida devoción doctrinal, luz y amor divinos, ha estado siempre en el alma de nuestro Padre y forma parte del espíritu del Opus Dei. No podía ser de otro modo, porque no se trata de una devoción más, sino del fundamento mismo de todas las devociones y prácticas de la piedad cristiana.

Aprende a alabar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Aprende a tener una devoción particular a la Santísima Trinidad: creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo, creo en Dios Espíritu Santo: creo en la Trinidad Beatísima. Espero en Dios Padre, espero en Dios Hijo, espero en Dios Espíritu Santo: espero en la Trinidad Beatísima. Amo a Dios Padre, amo a Dios Hijo, amo a Dios Espíritu Santo: amo a la Trinidad Beatísima. Esta devoción hace falta como un ejercicio sobrenatural, que se traduce en estos movimientos del corazón, aunque no siempre se traduzca en palabras ²².

Cuando vivimos las prácticas concretas de esta devoción colectiva —el rezo y meditación del Símbolo Atanasiano, el Trisagio angélico—, en armónica unidad y en mutua influencia con nuestra formación doctrinal y con nuestra vida interior, es como si oyésemos de nuevo aquellas palabras de Jesús: *dichosos vuestros ojos, porque ven; y dichosos vues-*

(22) De nuestro Padre, *Meditación*, 3-XII-1961, en *Meditaciones*, I, p. 15.

tros oídos, porque oyen: pues en verdad os digo, que muchos profetas y justos ansiaron ver lo que vosotros estáis viendo y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron ²³.

Esta contemplación amorosa y esta alabanza es la sustancia de nuestra vida sobrenatural —vida sobrenatural que hace que la Trinidad inhabite en cada una de nuestras almas, como en un templo—, y ése es también nuestro fin: porque en el Cielo, *consumados en la unidad* ²⁴, junto a nuestra Madre Santa María —Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo: ¡más que Ella, sólo Dios! ²⁵—, nuestra felicidad y nuestro gozo será una alabanza eterna al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo.

Señor y Dios mío, mi única esperanza, óyeme para que no sucumba al desaliento y deje de buscarte. Que yo ansíe siempre ver tu rostro. Dame fuerzas para la búsqueda, Tú que hiciste que te encontrara y me has dado esperanzas de un conocimiento más perfecto. Ante Ti está mi firmeza y mi debilidad: sana ésta, conserva aquella. Ante Ti está mi ciencia y mi ignorancia: si me abres, recibe al que entra; si me cierras el postigo, abre al que llama. Haz que me acuerde de Ti, que te comprenda y te ame. Acrecienta en mí estos dones hasta mi reforma completa (...).

Cuando arribemos a tu presencia, cesarán estas muchas cosas que ahora hablamos sin comprenderlas, y Tú permanecerás todo en todos, y entonces modularemos un cántico eterno, alabándote unánimemente, y hechos en ti también nosotros una sola cosa ²⁶.

(23) *Matth.* XIII, 16-17.

(24) *Ioann.* XVII, 23.

(25) Cfr. *Camino*, n. 496.

(26) San Agustín, *De Trinitate* XV, 28, 51.